

INANICIÓN

Veía resbalar las gotas por la ventana, oía gente y pitidos, me sentía débil, cansada.

Me despertó la dulce voz de mi compañera- No esperaba volver a verte.

- Yo tampoco esperaba volver.- respondí cortante.

- Raúl sigue aquí, ha preguntado por ti.

- Paso, no quiero ni levantarme.

Sara se fue, quería verle, muchísimo, pero me daba miedo que él me viera a mí. Había recaído, había vuelto a restringirme de comer y había vuelto a engañarlos. No sé donde estarán mis padres, supongo que ellos me han traído a la clínica, tampoco quiero que me vean, no quiero verme ni yo.

- Elizabeth, ¿qué ha pasado?- me pregunto Raquel con voz tibia.

Raquel mi enfermera favorita había venido a buscarme, y traía un espejo. Ella fue la que me vio entrar hace un año, con 37kg y la que me ayudo a entenderme y valorarme. Y ahora volvía a verme, más curada que la primera vez pero más enferma y decepcionada que la última.

- Les he fallado, me he fallado- respondí entristecida.

No recuerdo haber llegado a la clínica, a este monasterio de enfermos, pero en el fondo, sabía que era la única manera de salvarme, de sobrevivir aunque sólo fuera físicamente.

Raquel me miraba con tristeza, no hablaba, pero lo decía todo con sus ojos marrones clavados en los míos.

- ¿Quieres verte? - dijo señalando al espejo.

- No- dije segura, era lo único que tenía claro ahora mismo.

No me gusto, ni ahora ni antes, solo quiero parecerme a ellas, a las guapísimas modelos de revista, a las que todos admiran.

Al menos esta vez sé lo que está pasando, sé que he recaído, que mis padres sufren, que Sara, Raúl y Raquel no quieren verme aquí. Y os aseguro que yo tampoco.

- ¿Sabes que Raúl te está esperando, no?- insistió la enfermera.

- Sí. No podía decir más de tres palabras seguidas, me sentía totalmente decepcionada conmigo misma. Sabía que algo volvía a estar mal, y mi familia también, pero teníamos miedo a admitirlo.

Intenté dormir durante el resto del día, para evitar más visitas y preguntas incómodas. Aún así, sentí que Raúl entraba, estaba más débil que yo, pero aún así con más fuerza. No quería hablar, ni disculparme, ni sentirme más mierda aún, así que cerré los ojos. Seguro que entró nostálgico, hacía mucho que no nos veíamos, principalmente por mi culpa, lo nuestro no tenía sentido, dos niños que compartían un problema, no nos hacíamos bien, solo íbamos a caer juntos en este pozo, y no sé si por su bien o por el mío no había vuelto a contactar con él desde hace 3 meses, desde que había salido de la clínica supuestamente curada.

- Elizabeth, no huyas, no me dejes - susurró Raúl mientras acariciaba mi pelo.

Me dolía la barriga, mi estómago se encogía, no sé si le seguía queriendo, pero existía una complicidad, un cariño, que nunca nos separaría.

No sé si fueron sus palabras o simplemente la llegada de mis padres lo que me hizo bajar a verle, a mi amor de clínica y compañero de problemas.

Entré en silencio, débil, avergonzada, con 7 kilos más que la primera vez que nos vimos pero con cuatro menos que la última, aún así tenía unas ganas inmensas de abrazar su enfermizo cuerpo. Pero no lo hice, él estaba feliz, parecía que empezaba a recuperarse, a verse guapo, pero yo me sentía fea, inútil e insultada.

Raquel volvía día sí y día también, me llevaba la comida, me acompañaba a los talleres y psicólogos y me aconsejaba. Raúl también volvía por las noches siempre solo, y yo seguía haciéndome la dormida. Cuando cumplí una semana de ingreso, de mi segundo ingreso, había engordado un par de kilos, todo estaba siendo distinto, era consciente de mi problema, estaba deseosa de salir de allí. Fue en mi primer día de comedor, el día que me senté junto a Raúl, tragándome el miedo y con el paso más firme que me podía permitir le hablé.

- Hola, ¿hay un hueco para mí?

A él se le sonrojaron las mejillas, a mí se me escapó una sonrisa y estoy segura de que a ambos se nos aceleraron las pulsaciones.

- Estaba esperando a que lo pidieras- contestó lleno de nervios.

No os voy a mentir, no hablamos mucho, tampoco comí suficiente, pero verle y recordar todo lo que habíamos superado juntos, todo lo que nos unía solo con mirarle a los ojos ya me hacía desvanecerme un poco de los problemas y dolores.

Siempre había sido un ligón, a pesar de no tener mucha autoestima, bueno como todos nosotros. Igual jugaba a su favor ser el único chico de la clínica, pero a mí me había conquistado, y sin yo quererlo, estaba volviendo a hacerlo.

Esa noche Raúl volvió, siguiendo ese extraño ritual vino a visitarme, pero esta vez sí que le esperé despierta, hablamos, me preguntó sobre mí, los míos, retomamos antiguas conversaciones, nuestros sueños, metas y expectativas. Le leí alguna de mis historias, la

mayoría sueños que recuerdo al despertar a los que juntos les dábamos vida mientras intentábamos salir de la nuestra. Él me aporta tranquilidad, positividad, en toda la noche no me preguntó el porqué me había ido, y ahora volvía, qué me había pasado. Cuando se fue, estaba sonrojada y alegre, pero no duró mucho. Enseguida volví a pensar en mí, en mis defectos en lo que habría pensado y en todos los comentarios molestos que igual había dicho. Otro día mas sintiéndome vacía, me fui a dormir.

Soñé con mis amigas, con su sufrimiento y su intento inútil de ayudarme, por mi soberbia, por crearme superior al pesar menos que ellas, que tonta fui, en verdad siempre supe que ellas son mi ángel de la guarda. Me levanté destrozada como la mayoría de los días, creyéndome insuficiente para la sociedad. No fui al desayuno, pero sí a los talleres, busqué a Raúl con la mirada, pero no le vi. Pasó Raquel, como intentando invitarme.

- ¿Sabes algo de Raúl? - la pregunté lo más recatada que supe.

- Vendrá más tarde -se limitó a responderme.

En la cena le vi débil, distante, hablé con él, pero me dijo que estaba cansado. Cuando calló la noche ni siquiera vino a verme. Empecé a sentir interés, incluso algo de preocupación, qué le habría ocurrido, qué le habían dicho en esa hora o qué había hecho yo.

A los dos días salió de su cuarto, deslumbrando alegría y cariño, aunque se le veía cansado, no quise preguntarle, siempre hemos dicho que hay que limitarse a hablar sobre lo bueno, y su aspecto no indicaba que lo que ocurría lo fuese. Esa tarde quedé con él para hablar, me sentía culpable de nuestro distanciamiento, al final, fui yo la que huí sin despedirme.

Le cité en nuestro banco, frente al gran ciprés del claustro. Hablamos y reímos durante horas, pero cuando reuní la fuerza suficiente para contarle, explicarle el porqué me había ido, un enfermero, nos interrumpió, y con un rostro serio se llevó a Raúl de mi lado.

- Hablaremos pronto- medio gritó mientras se alejaba y me tiraba un beso, yo solo le dediqué una sonrisa, una que nunca voy a olvidar. El cruce de nuestras miradas se decía un hasta siempre aunque nosotros aún no lo sabíamos.

Al despertar la mañana siguiente, y recordar mi sueño, y rápidamente lo escribí, sabiendo que a él le haría ilusión aparecer en ellos, no por primera vez. Ilusionada, y más curada del alma que ayer fui a salir de la habitación cuando Raquel entró. Con los ojos llorosos y las manos buscando un abrazo me dijo entre lágrimas que lo sentía mucho, yo no entendía o no quería entender.

- ¿Qué sientes? , ¿Qué pasa? - preguntaba con preocupación, ella siempre fue muy sentimental, pero esas lágrimas eran sufridas.

- Es Raúl, lo siento, lo siento.

Fue ahí, cuando escuché su nombre, el mundo se me vino encima, sus palabras sonaban como un eco en mi cabeza, recordaba su ausencia los últimos meses y su débil aspecto estos días. Como un flash, acompañado de un profundo sentimiento de pena recordé al médico serio, que nos había despedido el día anterior. Por mis mejillas resbalaban en forma de lágrima todo lo que no me había atrevido a contarle, las razones por las que me fui aunque seguía enferma y enamorada, la vida que podíamos haber compartido y con lo que quise acabar. Con el corazón más vivo que nunca abrazaba a Raquel mientras la pena y la duda nos envolvía.

- Hubierais sido unos padres geniales- susurró Raquel entre sollozos mientras me tocaba la barriga.

-Ahora nunca podré decírselo, la inanición nos ha matado a todos.